

A black and white photograph showing a close-up of a hand placing a brick onto a wall. The wall is made of several courses of bricks, and the hand is positioned at the top, with the thumb and index finger holding the brick in place. The background is a bright, overcast sky.

Lecciones de  
liderazgo y vigor  
espiritual en la vida  
de Nehemías

# Manos a la obra

ANTONIO ROSARIO



Pacific Press® Publishing Association  
Nampa, Idaho  
Oshawa, Ontario, Canada  
[www.pacificpress.com](http://www.pacificpress.com)

*MANOS A LA OBRA*

Redacción: Ricardo Bentancur

Diseño de la portada: Gerald Lee Monks

Ilustración de la tapa: dreamstime.com, iStockphoto.com

Diseño del interior: Diane de Aguirre

A no ser que se indique de otra manera, todas las citas de las Sagradas Escrituras están tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1960. El autor se responsabiliza de la exactitud de los datos y textos citados en esta obra.

Derechos reservados © 2010 por  
Pacific Press® Publishing Association.  
P. O. Box 5353, Nampa, Idaho 83653,  
EE. UU. de N. A.

Está prohibida y penada por la ley la reproducción total o parcial de esta obra (texto, imágenes, diagramación), su tratamiento informático y su difusión, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia o por cualquier otro medio, sin permiso previo y por escrito de los editores.

Printed in the United States of America

Primera edición: 2010

ISBN 13: 978-0-8163-9292-6

ISBN 10: 0-8163-9292-7



10 11 12 13 14 \* 05 04 03 02 01

# CONTENIDO

Prefacio .....	4
1. Abraza tu obra .....	7
2. Lidera tu obra. ....	23
3. Delega tu obra .....	38
4. Defiende tu obra .....	50
5. Consolida tu obra. ....	68
6. Celebra tu obra. ....	81
7. Finaliza tu obra. ....	93
Guía de estudio .....	103

## ***Prefacio***

Como nunca antes en la historia, la sociedad busca dirigentes que la representen. Hoy vivimos tiempos cuando figuras vigorosas se levantan en medio de grandes y pequeñas naciones para conducir a sus pueblos a caminos de esperanza. No todos lo logran. Hay dirigentes que empujan a sus sociedades a los abismos del caos.

Es enorme la influencia que tienen los líderes en este complejo mundo multicultural y multirracial. La tecnología juega una parte fundamental en este proceso. Hoy, la televisión y la propia Internet, con sus redes sociales, exhiben un poder magnífico en la creación de los nuevos dirigentes. Son los vehículos a través de los cuales el líder se expresa e interpreta la voluntad del pueblo. Los medios de comunicación son catapultas que lanzan al éxito o al fracaso a quien pretende ser un dirigente de influencia.

En este mismo contexto cultural se desenvuelve la historia del pueblo de Dios. Hoy, el Señor también está buscando líderes que inspiren a otros y hagan la obra para la cual fueron llamados. El autor de *Manos a la obra* se inspiró en las palabras de Elena G. de White para escribir este libro: “Se necesitan Nehemías en la iglesia de nuestros días. No solamente hombres que puedan predicar y orar, sino hombres cuyas oraciones y sermones estén imbuidos de un propósito firme y vehemente. El plan de acción seguido por este patriota hebreo en el cumplimiento de sus propósitos debiera ser adoptado por los ministros y dirigentes” (*Servicio cristiano*, p. 221).

El propósito de este libro es precisamente esto: Preparar a líderes de la iglesia que reproduzcan en su servicio los rasgos del liderazgo de Nehemías. En sus capítulos, el autor se lanza a la tarea de analizar el pensamiento y la obra de uno de los grandes dirigentes del pueblo de

Israel en su exilio de setenta años mencionado en los libros de Daniel, Ezequiel, Esdras, Nehemías y Ester.

Toda acción es impulsada por un pensamiento, un espíritu, principios que dan solidez y fuerza a los cimientos de la vida. Aquí analizaremos el carácter de Nehemías, cómo enfrentó el peligro, el desánimo y los desafíos que Dios puso en su camino. Como todo líder, Nehemías voló como un águila, en la soledad de las alturas, sostenido únicamente por la fe de quien lo había llamado a su obra. Y cuando le tocó actuar, lo hizo respetando los principios del orden y la eficiencia.

*Manos a la obra* es el segundo libro (el primero fue *Compartir a Jesús es todo*) de una serie que publicamos con el propósito de capacitar a los líderes laicos. Escrito en un estilo ágil y ameno, con aplicaciones al ministerio de laicos y pastores dentro de la iglesia adventista, incluye temas como: la edificación espiritual en la vida del líder; cómo obtener consenso en los proyectos de la iglesia; de qué forma trabajar en equipo; cómo vincular la misión con el desarrollo de la vida espiritual, etc.

Deseamos que este libro sea la herramienta que usted necesita para transformarse por la gracia de Dios en un miembro de iglesia o dirigente influyente, activo y comprometido con la obra del Señor. Incluye una Guía de Estudio, que tiene el propósito de ayudarlo en la comprensión del tema y despertar el diálogo en las iglesias o grupos de discipulado que estudiarán *Manos a la obra* —Los editores.

Nampa, Idaho  
Septiembre 2010

## DIOS LLAMA A MODERNOS NEHEMÍAS

*“Se necesitan Nehemías en la iglesia de nuestros días. No solamente hombres que puedan predicar y orar, sino hombres cuyas oraciones y sermones estén imbuidos de un propósito firme y vehemente.*

*El plan de acción seguido por este patriota hebreo en el cumplimiento de sus propósitos debiera ser adoptado por los ministros y dirigentes.*

*Una vez hechos sus planes, debieran presentarlos a la iglesia de tal manera que obtengan interés y cooperación. Que los hermanos entiendan los planes y compartan la tarea,*

*y tendrán entonces un interés personal en su prosperidad. El éxito que acompañó*

*los esfuerzos de Nehemías muestra lo que pueden lograr la oración, la fe y la acción sabia y enérgica.*

*La fe viva promoverá la acción enérgica.*

*El espíritu que manifieste el director será en gran parte reflejado por el pueblo”.*

(Elena G. de White, *Servicio cristiano eficaz*, p. 221)

## Capítulo 1

# Abraza tu obra

*“Cuando oí estas palabras me senté y lloré”  
(Nehemías 1:4).*

Cuenta la leyenda que cuando nació Aquiles, su madre fue informada que su hijo tendría uno de estos dos destinos: podría vivir una vida sencilla, larga y tranquila, o tener una vida corta, de gloria y honor. Como no quería que su hijo muriera joven, la madre de Aquiles decidió esconderlo en una isla habitada por jovencitas. Aquiles fue vestido con ropa de niña, y fue advertido de que se mantuviera oculto, seguro y libre de mal.

El tiempo pasó, y estalló una guerra entre Grecia y Troya. Temerosos de la derrota, los griegos acudieron al oráculo para pedir consejo sobre cómo vencer al enemigo. El oráculo les dijo que debían procurar el liderazgo de Aquiles, pero nadie sabía dónde estaba. Para realizar la urgente búsqueda, eligieron a un hombre hábil y astuto llamado Ulises.

Cuando llegó a la isla habitada por niñas, Ulises se disfrazó de buhonero. En su fardo de vendedor llevaba preciosos ornamentos y joyas, y también brillantes armas de combate. Las jovencitas se acercaron alegremente, atraídas por las joyas, las espadas y los escudos. Siguiendo su inclinación varonil, Aquiles de inmediato comenzó a esgrimir las espadas y a sacudir los escudos con gestos imaginarios de defensa. Cuando Ulises lo vio, gritó a voz en cuello: “¡Aquí está, nuestro héroe Aquiles!”. Ulises sabía que lo que el

hombre elige está determinado por lo que es.

## **Nehemías abrazó su obra**

Cuando Dios piensa en una obra especial, él mismo se da a la tarea de entrenar a su héroe, preparar las circunstancias y activar lo que denominaríamos “providencias divinas”.

Nehemías llegó a ser uno de esos héroes que Dios preparó para una misión especial. A semejanza del caso de Aquiles, Dios escondió a Nehemías en la corte de Susa, tal como lo había hecho con Ester en tiempos del rey Asuero, con José en Egipto y con Daniel en Babilonia.

Nehemías fue llamado para ejercer cualidades y destrezas únicas en favor de su pueblo. Su obra tendría varios frentes: llegaría a Jerusalén para ser constructor, líder espiritual y gobernador. Su liderazgo tendría una mayor dimensión que el trabajo en los muros; trabajaría con el pueblo. Reconstruir las murallas de Jerusalén le tomaría 52 días; animar y dirigir al pueblo, doce años.

Los muros servirían como medio de defensa y seguridad para ese pueblo que en los designios de Dios cumpliría un propósito especial. Moisés habló de ese ideal cuando dijo: “Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, y para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho” (Deut. 26:18, 19). Los trabajos con arcilla y cemento se dañan con el tiempo, pero trabajar con las personas genera una influencia de mayor alcance. Hoy, aquellos muros no son más que reliquias arqueológicas. Pero la reforma espiritual realizada por Esdras y Nehemías ha trascendido muchas generaciones.

El nombre Nehemías significa “consuelo de Jehová”.<sup>1</sup> Dios lo levantó para ejercer un liderazgo agresivo y un ministerio de consuelo en uno de los tiempos más críticos de la historia del pueblo de Israel. El desafío que pesaba sobre su corazón incluía poner “manos a la obra”, en una ciudad sin murallas, dirigir a un pueblo desmora-



lizado que durante más de 150 años se acostumbró a vivir entre escombros, socorrer al pobre explotado por un puñado de ricos oportunistas, solucionar una cruenta crisis económica e iniciar una reforma religiosa frente a la ignorancia e indiferencia espiritual del pueblo y de sus propios líderes religiosos.

¿Cómo respondió Nehemías al llamamiento de Dios para abrazar su obra?

### **Nehemías abrazó su obra con empatía**

Por el emotivo informe que su hermano Hanani le trajo desde Jerusalén, la situación era alarmante: “El remanente, los que quedaron de la cautividad, allí en la provincia, están en gran mal y afrenta, y el muro de Jerusalén derribado, y sus puertas quemadas a fuego” (Neh. 1:3).

La noticia sacudió a Nehemías. Tal como ocurrió con la visión de Pablo camino a Damasco, este encuentro de Nehemías con su hermano Hanani lo impactó por el resto de sus días, revolucionó su existencia y lo ayudó a redescubrir el verdadero propósito de Dios para su vida. Comprendió que su paso por la corte de Persia fue un medio providencial para alcanzar un fin noble en la causa de Dios.

Nehemías se sentó: “Cuando oí estas palabras me senté” (1:4). Se sentó para reflexionar. ¿Le estaría hablando Dios? ¿Le estaría mostrando Dios algo que él sabía, pero que en ese momento no tenía claro: detectar cuál podría ser la voluntad de Dios para su vida? ¿Había llegado el momento en que Dios le revelaría el propósito para su vida?

Parece que el Espíritu de Dios lo tocó en esa meditación. Por la reflexión había dispuesto su corazón para escuchar la voz de Dios. Thomas Merton habló de esa dinámica de la meditación donde el alma se hace sensible a la voz de Dios. Ser cristiano, según Merton, “es estar dedicado a una profunda vida mística donde el ser vive en una dimensión de revelación mística y comunión con el Ser divino”.<sup>2</sup>

Los líderes necesitamos prestar más atención a esta dimensión

devocional de la meditación. Es la más difícil. La más demandante. Pero la más gratificante. Puedes orar mientras cocinas, al caminar o mientras conduces tu automóvil, pero la meditación solo puede lograrse en la quietud, en la tranquilidad de la cámara secreta: “Y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”, dijo Jesús (Mat. 6:6).

En la oración le hablamos a Dios, en la meditación él nos habla. Esta es la verdadera fuente de poder espiritual. “Los mensajeros de Dios deben pasar mucho tiempo con él, si quieren tener éxito en su obra”, dijo Elena de White.<sup>3</sup>

Entonces Nehemías lloró. “Lloré, e hice duelo” (1:4) ¿Por qué lloraba Nehemías? Porque era sensible ante la necesidad de su pueblo. Se identificó con el dolor de su gente y adoptó una actitud de duelo, porque allí, “en la ciudad de los sepulcros de mis padres” (2:5), la esperanza había muerto.

Aquí Nehemías nos lanza un gran desafío: llorar y hacer duelo por la condición imperante en el pueblo de Dios; por el desequilibrio moral en nuestros barrios y comunidades; por la crisis de honestidad e integridad en nuestras instituciones cívicas, religiosas y educativas; y aun por los desafíos en nuestras propias casas, donde también hay “muros destruidos” y “puertas calcinadas” que necesitan ser restauradas, vínculos rotos en la relación conyugal y filial, y en los desafíos que representa la familia extendida.

Esto requerirá de alguien que se preocupe. Bien opinó Wiersbe que “el peor pecado contra nuestros semejantes no es odiarlos, sino ser indiferentes hacia ellos: tal es la esencia de la inhumanidad”.<sup>4</sup>

Nehemías ahora dice: “Ayuné y oré” (1:4). Lo hace para pedir la dirección divina. Invoca al “Dios de los cielos, fuerte, grande y temible” (1:5), para que le muestre más explícitamente su voluntad en este asunto y el grado de compromiso que su Señor requeriría de él.

Rick Warren<sup>5</sup> comenta las palabras de Nehemías, “Dios mío, ayuda a los que están allí”. Luego dijo: “Tal vez Dios me podría usar a mí como respuesta a esa oración;” para terminar diciendo: “Dame éxito”. Oró clamando por “éxito” y “gracia” (Neh. 1:11). Así fue

cómo nació su visión para emprender la obra de restauración de los muros de Jerusalén.

Hoy necesitamos líderes como Nehemías que se muestren compasivos y sensibles al dolor. Que al ver al herido y escuchar su quejido sean “movidos a misericordia” como el samaritano de la parábola. Que no escatimen dar su tiempo, su aceite, su vino, su cabalgadura y su pago en el mesón. Finalmente, lo más valioso que podríamos dar es el darnos a nosotros mismos: “Y cuidó de él” (Luc. 10:33-35).

En cierta ocasión el famoso siquiatra Karl Menninger dio un discurso sobre salud mental. Al abrir espacio para contestar algunas preguntas de la audiencia, un señor le indagó: “¿Cuál es su consejo para una persona que presiente que está al borde de sufrir un ataque de nervios?” La mayoría de la gente esperaba que él le aconsejara visitar a un siquiatra. Para sorpresa de todos, el doctor le dijo: “Empieza en tu propia casa, cruza la estación del tren, encuentra a alguien en necesidad, y haz algo por ayudarlo”. Al respecto, Abraham Lincoln afirma que “al aliviar el dolor ajeno, aliviarnos nuestras propias penas”.<sup>6</sup>

### **Nehemías abrazó su obra con oración suplicante**

A la par de su sensibilidad ante el dolor, la vida de Nehemías se caracterizaba por una continua dependencia de Dios. Charles Swindoll comentaba que la posición predilecta de Nehemías era de rodillas, y que la oración fue el paso principal en su marcha hacia la dirección efectiva.<sup>7</sup>

La oración le daba a Nehemías una nueva perspectiva para encarar los problemas. Era reorientado a ordenar su escala de valores. Recibía un claro sentido del propósito de su misión y de su llamamiento divino. La oración le infundía motivación y era una permanente fuente de poder. Vivía en el espíritu de la oración, como solía decir George Müller.<sup>8</sup>

No hay duda de que Nehemías fue grande porque conoció a Dios en oración. Robert Dale expresa que como resultado de esa

vida disciplinada de ayuno y oración, Nehemías llegó a ser un hombre con una misión. Al orar por dirección y fortaleza, sentó un modelo para todos los líderes cristianos.<sup>9</sup>

Nehemías se propuso orar mucho. Oró durante cuatro meses antes de pedir permiso al rey Artajerjes. Pero esta vez oraba de manera diferente. Notemos su tono: “La oración de tu siervo, que hago ahora” (1:6). Esta oración era de “ruego” (1:5, 11), acompañada de duelo y ayuno. Los rabinos solían decir que hay tres tipos de súplicas, cada una más elevada que la anterior: Primero, la “oración” que se hace en silencio; segundo, el “clamor” que se hace en voz alta; y tercero, las “lágrimas”, que lo superan todo. Esta súplica se hacía con la frente hundida en el polvo (Luc. 22:44; Heb. 5:7).<sup>10</sup>

Abatido por el peso de los problemas, Abraham Lincoln encontraba en la oración un firme apoyo y fortaleza: “Muchas veces —decía— he caído de rodillas ante la abrumadora convicción de que no tengo a nadie más a quien recurrir. Mi propia sabiduría y la de quienes me rodean resultan insuficientes para el momento”.<sup>11</sup>

De Martín Lutero se ha dicho que “del lugar secreto de la oración fue de donde vino el poder que hizo estremecer al mundo en los días de la gran Reforma”. Durante la agitación de Augsburgo, Lutero no dejó de dedicar tres horas al día al ejercicio de la oración. En lo secreto de su vivienda se le oía derramar su alma ante Dios con palabras de “adoración, de temor y de esperanza, como si hablara con un amigo”.<sup>12</sup>

En cierta ocasión, dos oficiales del Ejército de Salvación fueron enviados a un campo misionero para empezar una obra nueva, y solo encontraron fracaso y oposición. Frustrados y cansados, enviaron un telegrama al General William Booth para que cerrara la misión, pero Booth les devolvió otro telegrama con tres palabras: “Intenten con lágrimas”. Siguieron su consejo y presenciaron un poderoso reavivamiento.<sup>13</sup>

La oración de Nehemías (1:6-11) fue además una oración persistente (“de día y de noche”), intercesora (“por los hijos de Israel”), penitencial (“confieso los pecados”), de humillación y arrepenti-

miento (“hemos pecado”), en busca de dirección (“concede ahora éxito a tu siervo, y dale gracia delante de aquel varón”).

Con Matthew Henry, bien podemos decir: “Cuando Dios se propone hacer una obra grande con su líder, lo primero que hace es invitarlo a orar”.<sup>14</sup> Tal fue la experiencia de Nehemías. Cuando su proyecto de construcción concluyó con éxito en 52 días, ya anteriormente, en Susa, él había dedicado cerca de cuatro meses al ayuno y la oración.

¡Qué tremendo desafío representa esta experiencia de Nehemías para nosotros como líderes cristianos! Esto me hace recordar a Ravenhill, cuando su voz tronaba: “Pobre como se muestra la iglesia hoy en día en tantas cosas, lo es más en la oración. Tenemos muchas organizaciones, pero pocos penitentes; muchos espectáculos y actores, pero pocos suplicantes; muchos cantores, pero pocos corazones heridos; grandes pastores, pero débiles guerreros de Cristo; mucho aparato, pero poca pasión; muchos actuantes, pero pocos intercesores; muchos escritores, pero pocos luchadores. Al fallar en esto, fallamos en todo”.<sup>15</sup>

## **Nehemías abrazó su obra con visión propulsora**

Cuando Nehemías se lanzó llorando en los brazos de su hermano, ahí mismo el Espíritu de Dios tocó su corazón sensible y plantó la semilla de su visión. No fue indiferente. No pasó de largo. Cuando percibió la necesidad, se involucró. Así nació su visión para socorrer a su pueblo que estaba “en gran mal y afrenta” (1:3, 11).

Toda visión genuina se orienta en suplir la necesidad de los otros. La visión genera misión. La historia antigua y contemporánea da un fiel testimonio de esto. Sírvanos de ejemplo el caso del General William Booth y su esposa Catherine, cuando en la segunda mitad del siglo XIX fundaron el Ejército de Salvación en Londres. Pudieron haber continuado como ministros metodistas y haber disfrutado de relativa comodidad y seguridad por el resto de sus vidas, pero respondieron al llamamiento de Dios para algo controversial, peligroso e insólito. Debían llevar la luz del evangelio a los rechaza-

dos por Inglaterra, desahuciados física, moral, económica y espiritualmente, durante “una época en que los más pobres eran tratados peor que animales”.<sup>16</sup>

El grito de guerra del General Booth a sus seguidores fue: “Vayan por las almas, por las peores”, y así lo hacían. Los peores pecadores eran rescatados: borrachos, ladrones, criminales, prostitutas. Las cantinas y prostíbulos se cerraron, y ciudades y pueblos enteros fueron sacudidos.

Al principio, William y Catherine pensaron dedicarse exclusivamente a la obra de la evangelización, y a enviar a los conversos a las iglesias ya establecidas. Pero pronto se dieron cuenta de que este plan no funcionaba. Sus conversos no eran bienvenidos en las iglesias por su pasado oscuro, su mala vestimenta y su mal olor. Esto ofendía a los feligreses. Entonces Dios le dio la visión y la pasión para organizar un movimiento que no solo retendría a sus conversos, sino que iría agresivamente en busca de los más perdidos.

Hoy, gracias a la visión y al trabajo infatigable del General Booth, el Ejército de Salvación es una entidad de renombre internacional, comprometida en hacer avanzar la misión de su fundador en más de 9.000 centros de operaciones solo en los Estados Unidos. Ellos se dedican a aliviar el sufrimiento y a restaurar a miles de almas golpeadas por el infortunio. De ahí el énfasis de uno de sus principales lemas: “El corazón a Dios, la mano al hombre”, en referencia a la acción social vinculada a la fe cristiana.

Otro caso que amerita nuestra atención de lo que implica una visión orientada en suplir las necesidades de otros, es el caso de la Madre Teresa de Calcuta, fundadora del movimiento de Las Misioneras de la Caridad. Ella dedicó su vida a servir a los “más pobres entre los pobres”.

En 1964, en plena celebración del Concilio Vaticano II, el Papa Paulo VI viajó a Bombay para la clausura del Congreso Eucarístico. Fue algo sorprendente. Era apenas la segunda vez que un Papa volaba como peregrino, y nadie pensó que fuese a la India.

Aquel viaje, cuyo propósito era honrar la Eucaristía, pasará a la

historia como la ocasión en la que el Papa Paulo VI dio a conocer al mundo a la Madre Teresa. Al despedirse de los millones de hindúes en el aeropuerto, el Papa anunció: “Antes de dejar la querida India, deseamos ofrecer nuestro automóvil blanco a la Madre Teresa, superiora general de las Misioneras de la Caridad, para ayudarla en su misión universal de amor”. La Madre Teresa vendió el auto para ayudar a sus pobres.

El 6 de enero de 1971, el Papa Paulo VI le otorgó a la Madre Teresa la primera edición del “Premio de la Paz Juan XXIII”. El pontífice explicó así su decisión: “Este premio se confiere a una religiosa que, a pesar de ser modesta y silenciosa, es conocida por quienes observan el arrojío de la caridad en el mundo de los pobres: se llama Madre Teresa, y, desde hace veinte años, está desempeñando una maravillosa misión de amor en las calles de la India a favor de los leprosos, de los ancianos, de los niños abandonados”. A este galardón le siguió el Premio Templeton, en reconocimiento al progreso de los valores religiosos; y en 1979 el Premio Nóbel de la Paz.<sup>17</sup>

El 5 de septiembre de 1997, la Madre Teresa falleció de un paro cardíaco en la sede de su comunidad en Calcuta, a los 87 años. Todo el mundo fue impactado por la noticia. El 10 de septiembre de ese mismo año se cumplían 51 años del viaje en tren en el que contempló a los pobres de la India y escuchó la voz del Señor llamándola a entregarse a ellos. El legado de su visión está contenido en una de sus frases favoritas: “Hagamos algo bello para el Señor”.

Nos faltaría tiempo y espacio para referirnos a otros héroes y heroínas que dieron alas a su visión al mejorar las condiciones de vida de sus compatriotas. No podemos pasar por alto al Dr. Martín Lutero King, hijo, quien organizó el gran Movimiento por los Derechos Civiles en los Estados Unidos. El Dr. King organizó y encabezó marchas por el derecho al voto, la no discriminación y otros derechos civiles básicos. Su movimiento cobró fuerza cuando, en 1963, frente al Monumento a Lincoln, pronunció su famoso discurso: “*I Have a Dream*” (Tengo un sueño).

Otro líder visionario fue César E. Chávez.<sup>18</sup> Fundador del sindi-

cato *United Farm Workers of America* [Campesinos unidos de los Estados Unidos], vivió para defender los derechos del trabajador agrícola migrante. Durante más de treinta años, este líder hispano encabezó con éxito el primer sindicato de trabajadores rurales en la historia de los Estados Unidos; y logró un trato digno, respeto, salarios justos, cobertura médica, beneficios jubilatorios y condiciones de vida decentes para cientos de miles de trabajadores. Su grito de marcha era: “Sí se puede”. El presidente John F. Kennedy elogió a Chávez como “una de las figuras heroicas de nuestros tiempos”.

Marian Wright Edelman también tuvo una visión clara cuando fundó el Fondo para la Defensa de los Niños, cuya misión era “no dejar a ningún niño atrás”. Aseguraba que todos los niños tenían derecho a comenzar la vida de “un modo saludable, justo, ventajoso y seguro”.<sup>19</sup>

Esto es apenas una muestra de los muchos ejemplos que podríamos citar de una visión que surge cuando el líder es sensible a la necesidad y al dolor humano. Pero permítame darle un ejemplo más. Me alegré mucho cuando tomé en mis manos la edición de la *Revista Adventista* de Enero-Marzo de 2008. Allí aparecía la noticia: “El ministerio *Sábado Joven* celebra su 11º aniversario”.<sup>20</sup> Se anunciaba que el sábado 29 de septiembre de 2007 se dieron cita unas seiscientas personas (jóvenes y adultos) en la Iglesia de Mott Haven, en el Bronx, Nueva York, para celebrar once años de existencia del ministerio juvenil *Sábado Joven*.

Este ministerio es el fruto de una visión que Dios puso en mi corazón en 1994. Me refiero a la creación del ministerio juvenil *Sábado Joven* para la región de Nueva Inglaterra, en los Estados Unidos. Allí solíamos decir: “*Sábado joven estilo New England*”, porque ya se le había dado forma a este ministerio unos años antes en la Iglesia Hispana de Berrien Springs, Michigan, bajo el liderazgo dinámico del pastor Fernando Ortiz. En Nueva Inglaterra (me refiero a las iglesias que comprenden los Estados de Connecticut, Massachusetts, Nueva York y Rhode Island) tomamos el modelo de Berrien Springs, y lo conectamos con los cinco elementos de la misión



evangélica: *liturgia* (adoración), *diakonia* (servicio), *koinonia* (compañerismo), *kerigma* (proclamación) y *didaké* (enseñanza). Toda la programación de *Sábado Joven* se organiza en torno a este modelo.

Hoy damos gracias a Dios por las alas que le han crecido a este ministerio. No solo ha sido una bendición en nuestra Asociación, sino en todo el país y aun fuera de sus fronteras. Todo, porque al principio fuimos desafiados con la necesidad local de ministrar a nuestros jóvenes, particularmente a nuestros hijos de segunda y tercera generación nacidos en los Estados Unidos.

Esto mismo hizo Nehemías. Abrazó su causa y lo hizo con una buena dosis de compasión y empatía. Lo hizo para procurar el bien del pueblo, la restauración de su nación y la honra de Dios.

### **Nehemías abrazó su obra con valor resuelto**

Nehemías era consciente del riesgo. Podía perder su empleo. Podía perder su vida. “Temí en gran manera”, escribió en su diario (2:2). Pero estaba dispuesto a dar un paso al frente. Estaba dispuesto a pagar con cualquier sacrificio. Después de todo había entrado en un terreno donde se estaba poniendo en juego la obediencia a su llamamiento. Un deber mayor lo esperaba. Un Amo mayor lo llamaba. El paso que daría no sería opcional. Asumiría el riesgo de su misión y lo haría con valor y sacrificio.

La experiencia de Nehemías en este punto nos recuerda la ilustración que ofrece Elena de White en su libro *Obreros evangélicos*: “Hay un cuadro que representa un buey que se halla entre un arado y un altar, con la inscripción: ‘Listo para cualquiera de los dos’ — listo para trabajar en el surco, o para ser ofrecido sobre el altar del sacrificio. Tal es la posición del verdadero hijo de Dios— está dispuesto a ir donde lo llame el deber, a negarse a sí mismo, a sacrificarse por la causa del Redentor”.<sup>21</sup>

Para Nehemías, abrazar esta causa representaría sacrificar su trabajo de copero. El “copero”, al igual que el “panadero” de la historia de José (Gén. 40:2), era un alto funcionario de la corte real, cuyo deber básico era seleccionar y probar el vino para demostrar que no

estaba envenenado, y luego presentárselo al rey. Esta posición le aseguraba un frecuente acceso a la presencia del rey, y lo convertía en un hombre de gran influencia. Herodoto menciona que el copero era escogido por su belleza personal y su atractivo, y en las cortes orientales siempre era una persona de rango e importancia. La referencia que se hace de Ahikar, en el libro deuterocanónico de Tobías (1:22), lo destaca no solo como copero, sino además como ministro jefe del rey asirio Esarjadón. Se dice que el copero de Astiages gozaba tanto de su favor que esto provocó el celo de Ciro, quien procuró privarlo de su puesto.

Como copero, Nehemías se ganó la confianza y la bondad del rey Artajerjes I Longímano. Como lo muestra en su diario, allí en la corte él desempeñaba su función con un alto grado de familiaridad y aceptación (Neh. 2:1-8). Fue uno de esos hijos del exilio que por contar con la bendición de Dios, se ganó el favor del monarca.

Nehemías fue un líder que estuvo dispuesto a renunciar al prestigio, la comodidad y la fama de la corte de Susa para venir a unirse con el remanente de Jerusalén que se encontraba en “gran mal y afrenta” (1:3). Fue su móvil padecer las mismas privaciones, encarar los mismos peligros y sufrir los mismos padecimientos del pueblo.

Nehemías abrazó su causa y lo hizo con empatía, con mucha oración, con valor resuelto y con una tremenda visión propulsora. Lo imagino saliendo de la audiencia que sostuvo con el rey con su rostro iluminado, levantando sus manos al cielo y gritando a voz en cuello: “¡Sí Señor! Gracias por mostrarme esta obra. Gracias por darme esta visión. Acepto el desafío. Respondo a tu llamamiento. Por tu gracia, voy a ponerme en acción!”

### **Abraza tu obra**

Como en el caso de Nehemías, Dios tiene un plan para tu vida. Trata de descubrirlo. Es muy posible que tu causa no tenga la dimensión de la de Nehemías, pero Dios te ha estado preparando para un ministerio muy especial. Él pondrá en acción sus providencias

divinas para encaminarte al lugar correcto, en el tiempo correcto, y para darte la audiencia correcta.

**Abraza tu obra ahí donde te encuentras.** Dios sigue llamando a hombres comunes y los saca de los deberes ordinarios de la vida. Recuerda que Moisés estaba en la corte de Faraón cuando Dios lo llamó; Eliseo, en el campo; David, pastoreando las ovejas; Pedro, pescando; Mateo, cobrando impuestos; Dwight L. Moody, detrás de un mostrador de ventas; Joseph Parker, en su andamio de albañil; Martín Lutero, en un monasterio.

A William Carey, Dios lo encontró en una zapatería, y de ahí lo sacó para fundar el movimiento misionero moderno. De este siervo del Señor, se da testimonio que fue “un sencillo zapatero que tomó con seriedad el llamamiento de Dios y por su obediencia inmensurable impactó a una nación entera”.<sup>22</sup>

La humildad fue una de las características más destacadas de la vida de Carey. Se cuenta que, estando en el pináculo de su fama, oyó a cierto funcionario inglés preguntar cínicamente: “¿El gran doctor Carey no era zapatero?” Al oír la pregunta, Carey respondió: “No, mi amigo, era apenas un remendón”.

En mayo de 1792 predicó su memorable sermón sobre Isaías 54:2, 3. Disertó sobre la importancia de “esperar grandes cosas de Dios”, y luego puso de relieve la necesidad de “emprender grandes cosas para Dios”.

El llamamiento de Dios puede interrumpir la rutina de la vida, y su providencia encaminar a sus siervos a realizar tareas extrañas e inusuales. Sirva como ejemplo el caso de David Brainerd (1718-1747), cuando tuvo que dejar la seguridad de su hogar en Connecticut y cambiarla por la soledad del bosque, a fin de ganar indígenas norteamericanos para Cristo en los Estados de Nueva York, de Nueva Jersey y en el este de Pennsylvania. David Brainerd murió de tuberculosis a los 29 años de edad. Lo que David Brainerd escribió a su hermano Israel, es un desafío para los cristianos de cualquier época: “Digo, ahora que estoy muriendo, que ni por todo lo que hay en el mundo habría yo vivido mi vida de otra ma-

nera”. En otra ocasión había dicho: “¡Oh, cuán dulce es ser gastado y usado por Dios!”<sup>23</sup>

Al leer las biografías de estos siervos del Señor, me impresiona cuán maravillosamente Dios puso en acción sus providencias. ¡Cuán pequeño me siento, pero cuán honrado, cuando veo cómo Dios tomó también a este humilde servidor, lo sacó de un barrio infectado de vagancia, robo, alcoholismo y prostitución, para confiarle un precioso ministerio, porque como a Pablo “me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio”! (1 Tim. 1:12).

**Abraza tu obra sin importar tu edad.** Recuerda que Juana de Arco a los 19 años fue una heroína francesa. Simón Bolívar a los 21 años juró libertar a su patria. Miguel Ángel a los 25 años había realizado su obra maestra. Aníbal alcanzó el rango de general a los 26 años. Lutero encendió la llama de la Reforma cuando tenía 30 años. Cristóbal Colón comenzó a soñar con sus viajes a los 30 años. Napoleón había conquistado gran parte del mundo cuando tenía 30 años. Alejandro Magno, a los 33 años, tenía bajo su dominio el mundo entonces conocido. Y Jesús selló su gesta salvadora a los 33 años.

**Abraza tu obra sin importar tu condición física.** Recuerda que Homero y Milton fueron poetas ciegos; Cervantes era manco; Julio César, epiléptico; Lord Byron tenía los pies deformes; Helen Keller era ciega, sorda y muda; Beethoven produjo lo mejor de su repertorio musical cuando era sordo; y el presidente Franklin D. Roosevelt gobernó la nación estadounidense aquejado de poliomielitis.

Dios nunca carece de obreros para su causa. Tiene para cada época su hombre y su mujer listos para cuando surja la necesidad. Y todavía continúa seleccionando y asignándoles a sus obreros diversas tareas, de acuerdo al plan de su reino.

## Tu elevado destino

En el momento en que repasaba estos textos, se encendía en Grecia la llama que viajó desde Olimpia hasta Beijing, China,

para la celebración de los XIX Juegos Olímpicos, en agosto de 2008.

¿Recuerdas cómo se enciende esa llama olímpica? Es interesante notar que desde hace más de 2.500 años, los griegos continúan la costumbre de encender esa llama en la misma forma como cuando se originaron los Juegos Olímpicos en el año 776 a.C. en la ciudad de Olimpia. Toman unos espejos bien pulidos para captar la luz del sol y enfocarla sobre la antorcha.

De igual manera Dios quiere implantar hoy una llama en tu vida. Te ha estado preparando para una carrera olímpica de mayor envergadura en su noble causa. Alista tu antorcha. Enciéndela con el fuego celestial. Como atleta de Dios, emprende tu carrera. Hazlo con determinación, dando honor al lema de los Juegos Olímpicos: *Citus, Altius, Fortius* (“más rápido, más alto, más fuerte”).

Al abrazar tu obra, no permitas que nada se interponga. Arremete contra cualquier obstáculo que pueda representar una amenaza a tu llamamiento. Toma nota de esta exhortación: “Detente en el umbral de tu vida y pesa bien tus responsabilidades, tus oportunidades, tus posibilidades. Dios te ha dado la oportunidad de cumplir un elevado destino”.<sup>24</sup>

Acepta el reto de Nehemías. En el umbral de su vida escuchó el llamado de Dios y se detuvo para abrazar su obra. A pesar de ser un hijo del exilio, supo aprovechar las puertas de oportunidad que Dios le abrió en su providencia. Y como copero del rey llegó a ser un hombre próspero y de prestigio en la corte de los persas.

Recuerda que este héroe de Dios tuvo el valor y la pasión de pesar sus responsabilidades, sabiendo que el Señor lo llamaba a cumplir un elevado destino. Por eso, con firme determinación, abrazó su causa y lo hizo con empatía, con una oración suplicante, con una visión propulsora y con un valor resuelto.

Abraza hoy tu causa y sé un líder comprometido como Nehemías. Cumple tu elevado destino. “Levántate, porque esta es tu obligación... esfuérzate, y pon mano a la obra” (Esd. 10:4).

1. Mervin Breneman, *The New American Commentary: Ezra, Nehemiah, Esther* (Nashville, Tennessee: Broadman & Holman, 1993), p.168.
2. Thomas Merton, *Life and Holiness*, (Garden City, Nueva York, 1963), pp. 58, 59.
3. Elena G. de White, *Obreros evangélicos*, (Mountain View, California: Pacific Press, 1957), p. 268.
4. Warren W. Wiersbe, *Be Determined: Standing Firm in the Face of Opposition* (Wheaton, Illinois: Victor Books, 1992), p. 13
5. Rick Warren, *Liderazgo con propósito, Volumen 1: Lecciones de liderazgo basadas en Nehemías*, (Miami, Florida: Editorial Vida, 2005), pp. 38, 39.
6. Jan W. Kuzma, Kay Kuzma y DeWitt S. Williams, *Energized!* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 1997), p. 369.
7. Charles Swindoll, *Pásame otro ladrillo*, (Nashville, Tennessee: Editorial Caribe, 1980), p. 38.
8. Harold L. Calkins, *Master Preachers* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 1960), p. 28.
9. Robert Dale, *Good News for Great Leaders* (Herndon, Virginia: Alban Institute Publications, 1992), pp. 48, 51.
10. William Barclay, *The Letter to the Hebrews* (Santa Ana, California: The Westminster Press, 1976), pp. 47-48.
11. Ver <http://www.famous-quotes.com/author.php?page=2&total=152&aid=4423>.
2. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View, California: Pacific Press, 1954), pp. 222-223.
13. Ver <http://www.salvacioneterna.com/veporlaspeores.pdf>.
4. E. M. Bound, *Purpose in Prayer* (Grand Rapids, Michigan: Fleming H Revell, 1920), p. 21.
15. Leonard Ravenhill, *Por qué no llega el avivamiento*, (Nashville, Tennessee: Editorial Betania, 1980), p. 18.
6. Ver <http://mundomisionero.org/web/module/smartsection/item.php?iteme=102>
17. Ver [http://www.facebook.com/note.php?note\\_id=115181661754](http://www.facebook.com/note.php?note_id=115181661754).
18. Ver [http://www.ufw.org/sl\\_page.php?menu=research&inc=history/sp/01.html](http://www.ufw.org/sl_page.php?menu=research&inc=history/sp/01.html).
9. [http://www.childrensdefense.org/site/PageServer?pagename>About\\_CDF\\_es](http://www.childrensdefense.org/site/PageServer?pagename>About_CDF_es)
20. *Revista Adventista*, enero-marzo 2008, año 24, N° 1, p. 8. Para más información sobre este ministerio juvenil, consulte el manual de Luis Fernando Ortiz, *Sábado joven*, (Berrien Springs, Michigan: Litotech, Andrews University, 2008).
21. White, *Obreros evangélicos*, p. 311.
22. Ver [http://www.hermanosunidosencristo.org/biografias\\_3.htm](http://www.hermanosunidosencristo.org/biografias_3.htm)
23. Ver <http://www.aguasvivas.cl/revistas/33/espigando.htm>
24. Elena G. de White, *Mensajes para los jóvenes*, (Mountain View, California: Pacific Press, 1967), p.18.